

del dinero y del interés dificulta reconocer sus movimientos y detectar a quienes protege. Los problemas de medida y dificultades teóricas no anulan la conclusión central: el dinero es una herramienta de poder y de beneficios que, por otra parte, imprime una orientación especial a la evolución del sistema en su conjunto. Por eso, analizar las tendencias del sistema monetario y financiero internacional en el plano económico implica evaluar las condiciones que se están plasmando en la estructura de poder mundial. El análisis tratará brevemente el tema de la moneda mundial y, luego, el financiero, para que se pueda evaluar sus efectos en América Latina.

### ***Moneda internacional, hegemonía y señoreaje.***

La moneda plantea problemas desde el momento mismo de su definición como tal. La moneda es un objeto de estudio al que se reconoce con criterios y definiciones distintas según el enfoque de cada observador. La polémica en torno a ella puede resolverse a partir de cierto consenso en torno a sus usos (a diferencia de su carácter); estos son tres de distinto orden. La moneda sirve como instrumento de medida del valor de los bienes y servicios en la economía (es la unidad del precio); como medio de transacción (con ella se compran los bienes en lugar del trueque); y como medio de reserva del valor (se puede guardar el tiempo deseado antes de utilizarla para una adquisición). Las tres funciones están ligadas entre sí y ese sólo hecho plantea problemas teóricos dado que no siempre una moneda las cumple simultáneamente. Es bien conocido que en el curso de un proceso inflacionario, por ejemplo, la moneda pierde su función de reserva de valor mucho antes de perder sus otras calidades, aunque se le sigue aceptando como moneda en la teoría.

Una moneda internacional debe cumplir también las mismas funciones, éstas fueron cubiertas satisfactoriamente por el oro durante las primeras etapas del intercambio entre las naciones. El reemplazo de este metal por la libra esterlina, primero, y por el dólar después, fue la consecuencia de un proceso muy lento y confuso dada la puja de intereses entre los participantes y el carácter mágico asociado al oro; mucho tiempo después que Keynes lo calificara como una "reliquia bárbara", ese metal seguía siendo reconocido e imaginado como una fuente de valor autónomo. El oro fue desplazado, aunque sin estridencias, por la libra esterlina en el comercio y las finanzas mundiales hacia mediados del siglo pasado; hoy se conoce a ese sistema como el patrón libra-oro que benefició esencialmente a las finanzas británicas. Mas tarde, ese rol fue afectado por la irrupción del dólar que asumió el predominio a partir de la Segunda Guerra Mundial. El dólar estaba atado al oro por una relación de cambio estable que, en los hechos, permitía que el dólar fuera considerado "tan bueno como el oro" y usado en lugar de aquél. El dólar era la moneda mundial pero su rol se disimulaba detrás de la fachada del patrón oro, o dólar-oro; esa relación otorgaba

beneficios a esa divisa, a la vez que imponía ciertas restricciones a la política monetaria de Washington.

En 1971, el gobierno de los Estados Unidos resolvió no cambiar más oro por dólares, como había aceptado hasta ese momento; se creó así un patrón-dólar forzoso en el comercio internacional. A partir de entonces, y debido a la carencia de alternativas, el dólar ocupó un lugar privilegiado en la economía mundial; su rol único de divisa especial le permite cumplir las tres funciones exigidas a una moneda.

El dólar es la moneda de los Estados Unidos, emitida por el gobierno de ese país para las transacciones internas; el hecho de que, al mismo tiempo, cumple un papel como moneda mundial genera contradicciones y conflictos en el sistema. La emisión de moneda define siempre una relación entre el Estado emisor y el mercado (entendido como la estructura que enlaza y moviliza a los agentes privados). La emisión de moneda para el mercado internacional define una relación entre el Estado norteamericano y el mercado mundial (entendido esta vez como la estructura que enlaza y moviliza a los agentes privados y a los Bancos Centrales de las otras naciones del planeta). Su rol no se impuso espontáneamente, sino que fue impulsado por el gobierno de los Estados Unidos; su difusión no se produjo sin resistencias. Sin embargo, los esfuerzos por crear una alternativa distinta, ya sea por consenso o por la iniciativa de algunos actores nacionales, han fracasado hasta ahora. El dólar es la moneda que utilizan el comercio y las finanzas mundiales, y la divisa de reserva generalizada en los Bancos Centrales. Por primera vez en la historia, hay una divisa que actúa como moneda mundial, sin relación alguna con un patrón externo y supuestamente objetivo (como el oro). A pesar de la evidencia, y por distintas razones, numerosos analistas se resisten a aceptar esa realidad, que es fuente de extensas y complicadas polémicas.

La hegemonía del dólar como divisa internacional no es absoluta. Su rol es desafiado por otras monedas que ocupan un lugar creciente, pero no decisivo, en esas mismas funciones; el ECU (la unidad monetaria europea que se apoya en el marco alemán) y el yen japonés, son utilizados como moneda mundial en proporciones que no superan el 20% del total<sup>2</sup>. Una moneda mundial se puede imponer (como el dólar), o se puede crear a través del consenso. No necesaria-

2 Esa cifra se refiere al porcentaje del comercio mundial que es valorado y pagado en dichas monedas, así como al porcentaje de las transacciones financieras entre naciones que se fijan en divisas distintas al dólar. Naturalmente, el ECU es mucho más importante en el seno de la Comunidad Europea, debido a la tendencia a convertirlo en la moneda de dicho mercado; no se puede decir lo mismo de su papel como moneda mundial. Ese fenómeno ocurre también con el yen y con su rol creciente en el mercado regional del Sudeste de Asia, aunque sigue siendo marginal como divisa internacional.

mente mediante decisiones especiales, dado que a veces la falta de decisiones (las no decisiones) son también una forma de llegar a ese resultado, como señala Strange (1986); este conjunto de conflictos, de decisiones y no decisiones ayuda a explicar la extensión del dólar como moneda en el interior de las economías nacionales de la América Latina que se tratará más adelante.

Keynes fue uno de los primeros expertos que propuso una moneda consensuada, en la reunión de Bretton Woods en 1944; allí se sentaron las bases del sistema de posguerra, bajo la hegemonía estadounidense, y su propuesta fue dejada de lado y no retomada hasta la década del sesenta. En este período, se intentó reemplazar al dólar por una moneda mundial, emitida a través del FMI, que se conoce como Derechos Especiales de Giro, o DEG (o SDR en inglés), que no alcanzó todavía a tener una presencia significativa. Crear una moneda plantea lógicos problemas técnicos pero las mayores dificultades residen en otros ámbitos: quién asume, o cómo se reparte, el poder que otorga su control y los beneficios que se derivan de ello. En 1944, al igual que en la década del sesenta, Estados Unidos logró mantener su control, no por criterios técnicos sino por su poderío político, que hoy presenta en el frente monetario uno de los mayores problemas mundiales.

La política monetaria de los Estados Unidos está regulada por las pujas y decisiones de sus actores locales, aunque sus efectos desbordan ampliamente sus propias fronteras. Diversos análisis señalan que las principales decisiones monetarias tomadas en las últimas décadas en los Estados Unidos tuvieron en cuenta básicamente los problemas domésticos, aún cuando ellas modificaron de modo abrupto el panorama internacional. Odell, por ejemplo, relata numerosos acontecimientos de la década del sesenta y del setenta (incluyendo la "ruptura" de 1971) como consecuencia de las pujas de intereses y las confrontaciones ideológicas en el seno del gobierno de ese país. Esos actores dedicaban poca o ninguna atención a los inconvenientes que esas decisiones podían provocar en otros mercados; y, más de una vez, con el objetivo implícito de beneficiar al país a costa de otros socios.

El país emisor de moneda internacional cuenta con un par de ventajas que pueden resumirse en los términos de hegemonía y señoreaje. La hegemonía reside en su capacidad de regular la producción y la distribución de esa divisa y, por lo tanto, de imponer su voluntad sobre los demás miembros del sistema. Por señoreaje se entiende la capacidad de captar los beneficios derivados de esa posición (ver Dinenzon Hopenhaym, 1987 y 1988); en el momento mismo en que coloca moneda en el mercado, el emisor utiliza ese poder de compra creado por su tarea como tal<sup>3</sup>.

3 El término señoreaje viene de la práctica del señor feudal que colocaba moneda de curso

La función del dólar como moneda mundial ha incrementado la dependencia del resto del planeta respecto a la estrategia monetaria seguida por Washington. El fenómeno es semejante en su forma a lo ocurrido en la época del patrón libra-oro, o a la etapa del patrón dólar-oro, pero se diferencia de manera sustancial en su magnitud: la enorme masa de dólares que circula en la economía mundial es una fuente extraordinaria de regulación y control de las decisiones de los responsables de la política monetaria en el resto del mundo. Las presiones de ese origen son semejantes en distintos ámbitos aunque las respuestas dependen de la capacidad de gestión y del poder monetario de cada país. El dólar es un poder frente al marco alemán o al yen japonés, pero es una realidad concreta y muy difícil de superar para otras monedas más débiles (entre las que se cuentan las de América Latina).

Este fenómeno ha llevado a definir este período como uno de interdependencia entre las naciones (ver Stewart) aunque en rigor la interdependencia no ocurre entre socios con poder semejante. Por eso, otros analistas prefieren bautizarlo como asimetría, término adoptado por los funcionarios del FMI, por ejemplo, en busca de un enfoque políticamente más neutro de la cuestión. Cuando dicha interdependencia es exageradamente asimétrica se está en el caso de la dependencia, tan conocida en toda la América Latina.

Estados Unidos se beneficia del señoreaje en dos momentos distintos: directamente, al emitir la moneda y, más tarde, al enviarla al exterior para cualquier operación. La posesión de una divisa clave le permite eliminar la restricción derivada del equilibrio de la balanza de pagos que enfrentan todos los demás países; Estados Unidos es el único que puede pagar sus compromisos con el exterior con moneda doméstica. La enorme ventaja de sostener sus déficits externos sin dolor se deriva de esas relaciones.

La ola de inversiones norteamericanas en el exterior de la década del cincuenta y sesenta se financiaba, desde el punto de vista macroeconómico, con los billetes que emitía la Reserva Federal; los países recipientes aceptaban encantados esos dólares que necesitaban para operar aunque ellos servían para adquirir sus activos productivos. Ya a mediados de los sesenta, el escritor francés Servan Schreiber reclamaba que las empresas de Estados Unidos "nos compran (las locales) con nuestro propio dinero" (El Desafío Americano). Esa misma experiencia continúa a través de nuevos mecanismos. Durante la década del ochenta, esa nación pudo importar más de lo que exporta y promete mantener esa ventaja en el largo plazo; el excedente de mercaderías que ingresa a su

forzoso entre sus súbditos para resolver sus necesidades económicas. El señoreaje logrado por el gobierno de los Estados Unidos se aplica plenamente en su mercado interno (donde el dólar es de curso forzoso) y solo parcialmente en el mercado internacional (donde circula en respuesta a una necesidad no cubierta de modo completo por otra alternativa).

mercado interno se compensa con billetes que emite la Reserva Federal. Estados Unidos, por último, puede endeudarse con el resto del mundo pero no por eso tener deuda externa; la deuda externa de una nación es el monto de compromisos en divisas (o en moneda distinta a la local), mientras que la deuda de Estados Unidos corresponde a compromisos, en dólares con los acreedores del exterior. En ese sentido, es una deuda hacia los agentes externos pero no una deuda externa; en el largo plazo, esa deuda se puede compensar con maniobras monetarias, a diferencia de lo que ocurre en otras naciones del mundo y, en especial, en América Latina.

Una de las principales limitaciones que encuentra Estados Unidos al manipuleo más o menos arbitrario del dólar como divisa es la imposibilidad de provocar una crisis mundial de tal magnitud que arrastre al abismo a sus socios; no tanto por ellos sino porque una crisis de ese tipo podría revertir negativamente sobre sus propios intereses (económicos y políticos) de largo plazo. Esta es una de las razones que facilitó la formación del llamado Grupo de los Siete, que se basa en la relación sistemática y periódica de los máximos responsables de los bancos centrales de siete potencias para seguir la situación monetaria mundial<sup>4</sup>. No parece casual que esas reuniones fueran vistas como un embrión de "plutocracia" internacional por uno de los expertos de la OECD (Emmerij); el secreto de las reuniones, que se ve facilitado por antiguas y estrechas relaciones personales entre sus miembros, aporta a la concentración del poder de decisión monetario que regula a la economía mundial.

La resistencia de las otras naciones desarrolladas a la hegemonía del dólar ha llevado a la lenta construcción de dos sistemas monetarios de gran dimensión relativa: el yen y el ECU, cada uno de los cuales tiende a actuar en una zona de influencia económica (el sudeste de Asia, para el primero y Europa para el segundo) que podrían llegar a autonomizarse en un futuro previsible. Esos dos sistemas ofrecen una relativa autonomía a sus usuarios respecto al dólar, y a la influencia de los Estados Unidos, aunque están todavía en consolidación.

El reparto de sus influencias deja a la América Latina en el área del dólar; es decir, bajo la hegemonía de Estados Unidos en el ámbito monetario. La región comercia en dólares, ajusta sus cuentas externas en dólares y asiste incluso a la dolarización de sus economías locales. Estas relaciones de dependencia se consolidan a medida que se extienden debido a las derivaciones de las relaciones financieras que se tratan a continuación.

4 El G-7 incluye a los responsables monetarios (presidentes de los Bancos Centrales o de la Reserva Federal) de Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Alemania, Francia, Italia y Japón, que normalmente se reúnen en Basilea, donde está la sede del Banco de Reglamentos Internacionales (o BIS en su denominación inglesa).

### *Extensión de la lógica financiera.*

El movimiento del dinero genera el mercado financiero, es decir, a las operaciones en que el propio dinero es objeto de intercambio por dinero. La tasa de interés es el precio del dinero presente respecto al dinero futuro y, su valor se fija en el mercado del dinero, donde actúan los agentes oficiales y los privados (organismos reguladores, bancos, instituciones especiales, etc). Ese mercado ha tendido a ampliarse durante las décadas recientes, por la incorporación de instrumentos cada vez más sofisticados pero que, en esencia, responden a una misma lógica; bonos, acciones y otros papeles son medios indirectos de las relaciones entre dinero presente y futuro, esto es, de la definición del interés. Simultáneamente, los mercados de cambio, que establecen la relación entre monedas, fueron incorporados a esa misma órbita; sus operaciones están condicionadas ahora por motivos especulativos (ya sea las expectativas de beneficio derivadas de las diferentes tasas de interés en cada mercado o por la posible modificación de los tipos de cambio). En consecuencia, el mercado financiero se ha extendido en su cobertura mientras se multiplicaban sus dimensiones, hasta convertirse en una variable decisiva de la orientación de la economía mundial.

La historia del funcionamiento del mercado financiero, y el comportamiento de sus agentes, forma una parte decisiva de la historia de la economía, dado que ese mercado es previo al período de madurez del capitalismo moderno, al que acompañó en su evolución posterior, con altibajos que dependen de sus relaciones internas. Kindleberger es uno de los economistas que analizó dicha historia en un libro de nombre revelador: *Manías, Pánicos y Crisis*. Ese estudio muestra que el mercado financiero tiende espontáneamente a entrar en una burbuja especulativa que se infla de modo continuo: la desconexión aparente entre el dinero y los bienes materiales permite ese movimiento que termina en una explosión, o crisis de ajuste de las finanzas que afecta al sistema global. No es casual que ese libro, como otros semejantes, fuera escrito en la segunda mitad de la década del setenta, cuando renacían las preocupaciones por la onda expansiva de la especulación financiera, luego de un largo período de calma.

La crisis de 1929 había roto la confianza en los modelos clásicos de orientación de la economía y, sobre todo, la fe en las operaciones autónomas de la alta finanza. Durante toda la década del treinta se fueron ensayando nuevos mecanismos de control del sistema financiero que permitieran regular sus operaciones. En Estados Unidos se dictaron leyes especiales que limitaban las actividades de la banca, y se establecieron toques máximos a la tasa de interés (la llamada regulación Q) que duraron cerca de medio siglo. Otros países acompañaron ese ejemplo, de manera que al terminar la Segunda Guerra Mundial, cada sistema financiero local estaba cuidadosamente controlado por la respectiva autoridad nacional; esas medidas se vieron reforzadas por las

políticas adoptadas de tipos de cambio fijo entre las principales monedas que suprimían, de hecho, el mercado de cambios.

La tendencia del mercado financiero a evolucionar de modo autónomo, espontáneo y en magnitudes crecientes, hasta lograr cierto predominio sobre el resto de la economía fue una de las causas de la crisis de 1929. La persistente imagen social que ubica en la crisis de la Bolsa de Nueva York el acta de nacimiento de aquélla, no hace sino reflejar la conclusión de que los problemas productivos se originaron en el área de la especulación. Las medidas que llevaron a regular dicho mercado se implementaron desde mediados de los treinta y fueron mantenidas hasta mucho después de la Segunda Guerra, como un resultado de la experiencia previa, procesada por el modelo keynesiano.

El dinero constituye el "reino de la especulación" por su fluidez, la rapidez de su movimiento y su esencia no material (que permite acumularlo de modo fácil y hasta agradable). Por eso, librado a sí mismo, su mercado tiende a escapar de las restricciones inmediatas y toma impulsos perversos. Ese tipo de operaciones encuentra una variante aún más favorable en el cambio de una moneda por otra; de allí que el mercado de divisas sea "coto de caza privilegiado de los especuladores" (Peyrélevade).

La convicción de que el dinero debe ser controlado para asegurar el funcionamiento razonable del capitalismo forma el corazón del enfoque keynesiano. Keynes fue el promotor de ese modelo que logró resultados casi inesperados en el mediano plazo; la formidable ola de crecimiento de posguerra de los países hoy desarrollados fue herencia de ese modelo cuyos beneficios se volcaron en el ámbito social y el político (que hemos resumido en Schwarzzer, 1990).

Keynes consideraba que el dinero tendía un velo entre el movimiento de la producción real y la propiedad; esa brecha era la que permitía la desconexión y la crisis. Su crítica no atacaba al mercado del dinero como tal sino a la especulación que ocurría a partir de él y, más específicamente, a aquélla que desbordaba de cauce hasta afectar a todo el sistema. Los especuladores, decía en una frase muy conocida, "pueden no hacer daño cuando sólo forman una burbuja en una corriente firme de espíritu de empresa; pero la situación es seria cuando la empresa se convierte en burbuja dentro de una vorágine de especulación. Cuando el desarrollo del capital en un país se convierte en un subproducto de las actividades propias de un casino, es probable que se realice mal".

En ese sentido, Keynes era más mesurado que Marx, en cuya obra se destaca el encono con los agentes de las finanzas, a los que consideraba exponentes del parasitismo. Marx escribió diversos elogios para los agentes del capitalismo industrial, a quienes atribuía un carácter revolucionario, pero no ahorró críticas para el capital dinero, cuya evolución contrariaba las demandas del desarrollo, según su visión. Así decía que

"El sistema de crédito, cuyo eje son los supuestos bancos nacionales y los grandes prestamistas de dinero y usureros que pululan en torno a ellos, constituye una enorme centralización y confiere a esta clase parasitaria un poder fabuloso, poder que le permite no sólo diezmar periódicamente a los capitalistas industriales, sino inmiscuirse de modo peligroso en la verdadera producción, de la que esta barda no sabe absolutamente nada y con la que no tiene nada que ver" (El capital, tomo III, pag 511).

La supeditación del mercado del dinero al deseo de lograr el equilibrio global del sistema capitalista, y la promoción del desarrollo económico en los centros, se mantuvo durante algunas décadas, aunque fue crecientemente desafiada por la tendencia de los movimientos financieros huir de un control externo. Esa fuga se reinició, durante la posguerra con la creación del mercado del eurodólar en Londres. Este fué el primer mercado trasnacional moderno, dado que los banqueros tomaban y prestaban recursos en dólares que, por definición, no estaban regulados por las autoridades monetarias locales. Las operaciones fueron creciendo hasta alcanzar magnitudes de consideración a fines de la década del sesenta, cuando su presencia se hizo notar en las movilizaciones especulativas ensayadas contra algunas monedas europeas, como el marco. A comienzo de la década del setenta, ese mercado se infló como una burbuja especulativa a medida que los fondos colocados en él se multiplicaban a pasos de gigante.

La desconexión entre el dólar y el oro (decidida por el presidente Nixon en 1971), las variaciones de los tipos de cambio entre las principales monedas que la siguieron, más la explosión de los precios del petróleo y de otras materias primas, generaron enormes desplazamientos de dinero manejados por los grandes bancos y las empresas multinacionales, cuyos movimientos escapaban a todo control. La decisión de dejar "flotar" a los tipos de cambio, en contraste con los acuerdos de Bretton Woods, terminó por conectar el mercado del dinero con el mercado de cambios, creando las bases del nuevo juego financiero internacional.

La respuesta del gobierno de Estados Unidos consistió en liberar paulatinamente las regulaciones financieras mientras modificaba su política monetaria; la Reserva Federal pasó de observador pasivo, antes de 1979, al accionar directo sobre la tasa de interés. La combinación de esas estrategias, en el ámbito cambiario y de la regulación monetaria, provocaron la hipertrofia de la especulación local e internacional, que caracteriza a este período.

La desregulación del sistema financiero de Estados Unidos no fue simple; su implementación demandó alrededor de tres lustros y aún sigue en marcha. Las nuevas reglas generaron el derrumbe de numerosos intermediarios, enormes costos sociales y el surgimiento de mecanismos e innovaciones cuyo resultado final todavía está por verse. Más aún, este sistema avanza en medio de



crisis sucesivas, cuyas erupciones estallan en los más diversos frentes. Las quiebras de las compañías de ahorro y préstamo, que están costando al Tesoro cifras del orden de los centenares de miles de millones de dólares, son solo una de las numerosas manifestaciones de los cambios en el mercado financiero. La caída de centenares de bancos en los últimos años, incluyendo algunos de gran dimensión, se suma a las manifestaciones de ese fenómeno, tanto como los problemas de amplios sectores, provocados por las nuevas reglas; desde el endeudamiento del agro norteamericano, hasta la deuda externa de la América Latina.

La propensión a especular, que surgió con fuerza de esas nuevas medidas, registró algunos efectos significativos que se trasladaron a todo el sistema financiero internacional. La quiebra del Banco Hearst, en 1974, fue el primer aviso de los problemas que se planteaban; el cierre de una entidad de poca dimensión trasladó efectos en cadena sobre otros bancos de Estados Unidos y del resto del mundo, desnudando la estrecha ligazón entre ellos a través de los movimientos más ocultos del dinero. La dimensión de las empresas que entraban en crisis, y sus alcances planetarios, fue creciendo con el paso del tiempo. Los más conocidos por el público fueron la crisis del Banco Ambrosiano, a comienzos de los ochenta, y del BCCI, a comienzos de los noventa; ambos casos se caracterizaron por la intrincada madeja de conexiones financieras en la que se sustentaban, cuya espiral, al mismo tiempo que les ofrecía la oportunidad de escapar a todo control de las autoridades monetarias de cualquier país, les daba un amplio margen para prácticas poco correctas y hasta abiertamente corruptas. Los montos ganados o perdidos en esos flujos no son conocidos, dado que su medida escapa a todo control, aunque son dignos de mención. No fueron los únicos casos especulativos (la sola mención de los mayores daría ya lugar a una lista muy larga), pero sus dimensiones justifican afirmar que el sistema genera riesgos implícitos incorporados a su operación.

El cambio de política de la Reserva Federal en 1979, que liberó la tasa de interés al mismo tiempo que la impulsaba en súbita alza, fue una consecuencia de las nuevas condiciones operativas del sistema que se convertiría en causa de otros efectos apreciables. La decisión de acomodar la estrategia monetaria a las señales de los mercados financieros implicó, por primera vez en la posguerra, que "la política económica doméstica de Estados Unidos quedaba sujeta a la ratificación, y al veto, de los dirigentes de las finanzas mundiales" (dice Moffit). Esa subordinación llevaba al sistema a una marcha de carácter especulativo y a una forma de predominio financiero, que tiende a modificar la lógica de poder social y de la evolución económica.

Luego de varias décadas de tasas de interés muy bajas (tradicionalmente inferiores al ritmo de la inflación), que colaboraban a alentar el desarrollo económico, el mercado financiero de Estados Unidos pasó a tener elevados costos del dinero. Esos costos locales que se reflejaban así mismo en el ámbito inter-

nacional, vía el eurodólar, incidieron sobre los mercados de cambio y sobre la capacidad de regular las tasas internas en cada país. En poco tiempo, la presión del mercado financiero internacional hegemonizó las decisiones cambiarias (anteriormente vinculadas a la estrategia comercial de cada país) y las regulaciones domésticas sobre tasas de interés (anulando los mecanismos keynesianos de regulación financiera local).

Las posibilidades de beneficio generadas por esos nuevos fenómenos superaban ampliamente a los provenientes de las actividades productivas. Una parte de los capitales de estas se volcó a la especulación provocando, tal como temía Keynes, una amenaza al buen funcionamiento del sistema. Poco a poco, el ingenio de los agentes fue creando una serie de mercados financieros, cada vez más alejados del mundo real pero no por eso menos provechosos para sus actores. En los mercados de futuro creados en estos años se transan montos que exceden largamente a las necesidades operativas de los productores en operaciones de todo tipo; en los nuevos mercados de cambios se operan magnitudes diarias que no se pueden justificar por demandas comerciales; en los nuevos mercados de títulos y papeles de todo tipo ya se incluyen las operaciones sobre las Bolsas del mundo entero, cuya evolución refleja todas las facetas de la especulación financiera y casi ninguna de la actividad real. El sistema financiero mundial dejó de ser un contribuyente del sector productivo para actuar con autonomía como un órgano de la especulación.

Siguiendo los pensamientos de Keynes, Strange lo definió como un casino:

"El sistema financiero de Occidente tiende muy rápido a parecer poco más que un gran casino. Todos los días se juegan en este casino apuestas que envuelven sumas de dinero mucho más grandes que las que puedan imaginarse. Durante la noche, el juego y las apuestas se trasladan al otro lado del mundo. En los inmensos edificios en torre que dominan las grandes urbes del planeta se ubican esas oficinas plenas de jóvenes fumadores sin pausa que juegan estos juegos. Sus ojos están fijos en las pantallas de las computadoras que despliegan cotizaciones cambiantes. Ellos operan a través de sus teléfonos, que conectan todos los continentes o, simplemente, presionando el teclado de sus máquinas electrónicas. Igual que en los casinos, juegan mirando el movimiento de una bola de plata sobre una ruleta que gira mientras colocan sus piezas a rojo y negro o a par e impar".

El estilo periodístico de esa presentación no desluce la profundidad del análisis que sigue en el texto donde se trata la problemática del sistema financiero mundial. El sistema es una relación entre agentes, donde algunos tienen más poder, y extraen más beneficios que otros. Al pasar del sistema a los agentes se pasa a la observación sociológica de los grupos de poder; afirmar que

el sistema evoluciona de cierto modo es equivalente a decir que ciertos agentes e intereses tienden a imponer sus perspectivas sobre el resto de la sociedad. Como en toda actividad social, esos agentes desarrollan ideologías favorables a sus puntos de vista y buscan asociarse con otros grupos para imponerse políticamente. En este punto se enlazan la economía, la sociología y la política como enfoques para comprender la realidad.

### *Tendencia económica y lógica política*

En uno de los escasos estudios recientes que intentan relacionar esos diferentes enfoques, Frieden desarrolla la hipótesis de que la creciente movilidad del capital a escala mundial modifica el poder relativo de quienes poseen capital dinero, los criterios de distribución de riqueza y las alianzas políticas en el poder. Frieden aplica sus ideas a la construcción de una tabla de preferencias de distintos grupos sociales respecto a la variabilidad del tipo de cambio según su posición en el sistema económico. Por esa vía, traza una relación entre los fenómenos económicos y las posiciones político sociales, aunque limitado a un sólo aspecto de la política global.

Ese modelo puede ampliarse. En forma más abstracta, y por ello más complicado de demostrar, se podría decir que la economía mundial se encuentra presionada por dos tendencias divergentes, personificadas en dos tipos genéricos de actores sociales. Una, más parasitaria, apoyada en las operaciones financieras, que tiende a apropiarse de la riqueza ya creada mientras exhibe mínima preocupación por el incremento de la misma mediante nuevas políticas productivas; su poder se basa en los agentes que operan en los mercados financieros (no solo los bancos), así como en las difundidas justificaciones ideológicas que desarrollan en el ámbito teórico numerosos especialistas. Su modelo ideológico es un modelo de reparto aun cuando presume que apoya el crecimiento productivo. Esa corriente ha logrado una fuerte posición en el seno del poder en Estados Unidos, que se proyecta al ámbito mundial dado el rol del dólar, y que se consolida mediante sus relaciones con otros grupos económicos y sociales en el resto del mundo.

La otra corriente se basa en la esfera productiva y tiene estrechas relaciones con la revolución tecnológica que hemos descrito más arriba. Sus perspectivas e intereses implican la captación de beneficios a través del aumento del producto. Su modelo ideológico es la expansión de la oferta de bienes y servicios y la ruptura constante del statu quo. Su lógica de acción difiere de la anterior aunque sus impulsos consolidan algunas veces a la lógica financiera (como ocurre con toda la tecnología de informática y comunicaciones que multiplica la capacidad operativa del mercado del dinero). Esta corriente tiene una fuerte presencia en Japón (y quizás en el Sudeste Asiático), así como en algunos países europeos, y busca ahora una posición más importante en Estados Unidos. En

esa puja, los Estados nacionales juegan un rol decisivo, dado que son la expresión concreta de la lógica política, y la descripción de sus estrategias más generales permitirá cerrar este resumen de la evolución global del sistema.

### ***El conflicto entre los grandes bloques.***

Estados Unidos surgió como el campeón indiscutible de la Segunda Guerra Mundial y como la única potencia digna de ese nombre. Las demás potencias existentes estaban exhaustas, con sus sociedades agobiadas por las exigencias de la guerra y sus instalaciones productivas destruidas. Esas relaciones de fuerza le otorgaron a Estados Unidos un poder de decisión que no encuentra antecedentes históricos en la arena mundial. En consecuencia, la corriente que ganaba poder en esa nación, imponía indirectamente su hegemonía sobre la casi totalidad del planeta. Esa influencia tendió a reducirse (pero no a desaparecer) a medida que otras naciones lograron reconstruir su capacidad productiva y su presencia política.

Irónicamente, el predominio de la tendencia productiva en Estados Unidos durante la inmediata posguerra tuvo efectos positivos en el impulso al desarrollo registrado entonces en varias potencias clásicas. Luego, a medida que se modificaba el panorama mundial, el creciente predominio de la lógica de tipo financiero en Estados Unidos se vió obligada a combatir para obtener su hegemonía, lo que explica numerosos aspectos de los conflictos entre las potencias. En la actualidad, esa corriente se enfrenta con las posiciones de otros países, así como con las resistencias generadas en el seno mismo de los Estados Unidos, cuya evolución definirá el futuro próximo.

La reconstrucción europea, por un lado, y el vertiginoso desarrollo del Japón, por el otro, tendieron rápidamente a la creación de un mundo tripolar, que reconstituía el clásico equilibrio relativo de poder en el sistema mundial<sup>5</sup>. En esta evolución jugó un rol el sistema económico pero uno mucho más importante la voluntad de poder de esas naciones; la política de cada una de ellas se impuso, a través de sus Estados y sus organizaciones locales, en el logro del objetivo deseado. "El poder marcaba el paso al deseo de beneficio", como afirmaba Polanyi (1944) en su análisis del crecimiento de las naciones europeas en el siglo XIX.

Esa clara confluencia o asociación entre organizaciones civiles, empresas y Estados se verificó con más fuerza que otros casos en Japón. El hábito de

5 No se hace mención a la Unión Soviética, que requeriría un análisis especial, dado el interés de extraer perspectivas a mediano plazo donde esa nación parecería jugar un rol menor en la situación posible para la América Latina.

trabajo cooperativo dio lugar a un proceso de desarrollo programado, con objetivos cada vez más ambiciosos que se establecían paulatinamente y reglas acordadas a los mismos. La estrategia japonesa concedió un rol apreciable a la producción y a la tecnología, mientras mantuvo una estrecha vigilancia del sistema financiero local; éste quedó aislado del exterior por controles cambiarios que fueron impuestos durante décadas y medidas de regulación que abarcaban los aspectos más diversos del mercado<sup>6</sup>. Todavía hoy los periodistas de Estados Unidos hablan de Japón como Japan Inc., aludiendo así a la imagen que esa sociedad actúa como una empresa, o sociedad anónima, volcada a maximizar sus beneficios.

Un fenómeno similar ocurrió en Europa, aunque con estilos diferentes en cada una de sus naciones, hasta que se lanzó la estrategia de crear una Comunidad Económica. La integración de las naciones europeas se aceleró para enfrentar con éxito el "desafío americano" con el objetivo de generar un espacio económico de suficiente dimensión que sentara las bases de su independencia monetaria y tecnológica. De allí, los intentos de crear una moneda común, que busca proteger a esos mercados de las presiones del dólar y de la política monetaria de Washington; de allí, también, los esfuerzos por desarrollar grandes empresas europeas y una tecnología propia para lograr su autonomía en el ámbito productivo. Los procesos monetarios no llegaron todavía a su culminación, aunque la tendencia es evidente desde la implementación de las primeras medidas de relación fija entre sus monedas locales (conocidas como la serpiente porque permitían fluctuaciones de menor dimensión), hasta los intentos para generalizar el uso del ECU como unidad de cuenta. Las medidas industriales y tecnológicas exhiben resultados exitosos más aunque en ámbitos concretos; Europa ha logrado desarrollar un sistema productivo equiparable al de Estados Unidos y avanza hoy hacia nuevos horizontes debido a decisiones políticas. El programa Airbus, que creó un nuevo competidor a la hegemonía tecnológica de Estados Unidos en el área del diseño y la fabricación de aviones, es sólo uno de los numerosos casos de políticas europeas de desarrollo que fueron exitosas y tendieron a modificar la relación mundial de fuerzas en el ámbito productivo.

Esas políticas se impusieron con mayor facilidad durante el período de las ideas keynesianas, cuando la presencia de capitales financieros desplazándose por el planeta resultaba menor que en la actualidad. La combinación de una ideología favorable se sumó a un contexto permisivo en el ámbito real y monetario para aplicarla. Ambos factores tuvieron un papel apreciable en ese

6 Todavía hoy las transacciones inmobiliarias en Tokyo deben ser revisadas y aprobadas por un órgano estatal que aprueba la operación y el precio fijado entre las partes antes de su concreción definitiva. En este, como en otros casos, la idea de un mercado sin control encontraba serias resistencias en los funcionarios públicos hasta hace pocos años.

avance que comenzó a enfrentar problemas a partir de la nueva coyuntura mundial; el poder de los agentes financieros tiende ahora a deteriorar la capacidad de acción del antiguo sistema de regulación, imponiendo límites a las estrategias concebibles por el Estado nacional. Inversamente, la convicción de que la tecnología y la producción ofrecen una fuente decisiva del poder y la riqueza impulsa a explorar nuevos caminos para seguir adelante.

La presión política del gobierno de Estados Unidos, entre cuyos objetivos se cuenta la voluntad de imponer la mayor liberación posible de los movimientos financieros en el planeta, se suma a la presión objetiva de los mercados del dólar que empujan en el mismo sentido. Las exigencias de origen político son más intensas sobre las naciones que tienen mayor control de su mercado interno. Las relaciones de Japón con Estados Unidos en los años recientes, por ejemplo, están signadas por las demandas del gobierno de éste último por el cambio de las normas financieras y la apertura de ese país al "mercado mundial del dinero"; la resistencia de Tokyo logra postergar la aplicación de esas medidas mientras busca compensar el posible efecto negativo de las mismas con otras estrategias económicas.

Las presiones políticas de ese orden sobre Europa tienen más efecto debido a la actitud de ciertos agentes internos consustanciados, e interesados, con la desregulación de las finanzas que promueve Washington. Tal como en el modelo ya mencionado de Frieden, la posibilidad de concretar alianzas políticas y sociales con otros grupos es un aspecto decisivo de la evolución del sistema en una u otra dirección.

Los resultados no están definidos todavía. En el propio Estados Unidos se observa una intensa puja de diversos grupos sociales contra esa lógica financiera; esa corriente logró algunos avances y dispone de ciertos apoyos en las alianzas políticas organizadas en torno al gobierno del Presidente Clinton. Su mayor impulso deriva de la sensación de que dicha nación está perdiendo la carrera competitiva en la producción debido a los avances en ese sentido que registran las otras naciones desarrolladas. Pero este posible retroceso de la lógica financiera en Estados Unidos se puede ver neutralizado por la estructura de poder ya lograda por dicho sistema en el plano local y externo. Los libros recientes de Albert (1991), y Thurow (1992), presentan visiones de esta puja coincidentes con este análisis, aunque no siempre resulten semejantes sus criterios explícitos. La batalla entre los grandes bloques económicos nacionales promete ser el tema central de las próximas décadas y el ámbito en el que se discutirá el futuro de la América Latina.

### ***El desafío que enfrenta América Latina***

América Latina se insertó en el sistema económico mundial a través del comercio y las finanzas desde el siglo XIX. La evolución de su comercio, en el que predominaban las ventajas comparativas naturales (cobre, nitrato, petróleo, trigo, etc) fue tan dinámico que el continente pudo absorber los costos de su inserción financiera. Aún así, las sucesivas "burbujas" especulativas (1825, 1890 ó 1929) mostraron la problemática de esa forma de relación con el mercado mundial.

Actualmente, la región mantiene relaciones semejantes en la actual coyuntura histórica. El comercio basado en bienes tradicionales y la subordinación financiera siguen definiendo su orientación. Las exportaciones continúan formadas en su mayor parte por bienes naturales que no encuentran demasiado beneficios comparativos en las condiciones que ofrece hoy el mercado mundial. La demanda de esas materias primas tiende a caer, en términos relativos, y sus precios unitarios se ven afectados, reduciendo el ingreso de los exportadores y sus posibilidades a mediano plazo).

Las causas son múltiples pero todas están relacionadas con las nuevas condiciones creadas por la revolución técnica. El surgimiento de sustitutos sintéticos (fruto del desarrollo tecnológico) redujo las clásicas rentas especiales que se podían extraer de esos bienes; al mismo tiempo, las naciones desarrolladas están disminuyendo su consumo de algunos productos a medida que evolucionan hacia nuevos horizontes de actividad. Su reducción de la demanda de petróleo, por ejemplo, es un factor destacado en las últimas décadas. El consumo unitario disminuyó notablemente a medida que lograban éxito las estrategias oficiales de ahorro de energía; en consecuencia, la perspectiva de aumento continuado de precio, que dio vida a la imagen del oil power en la segunda mitad de los setenta, han quedado drásticamente modificadas. Por otra parte, las economías desarrolladas exhiben una tendencia a la reducción de su demanda de insumos en general, ya sea por la miniaturización de los bienes, ya sea por el desplazamiento de la demanda hacia los servicios inmateriales; la tecnología moderna ha terminado con las antiguas ventajas comparativas estáticas que gozó la región, y limita la expansión posible de sus mercados externos.

Los datos son concluyentes. En 1950, en América Latina se originaba el 12,4% de las exportaciones mundiales; una década más tarde ese valor había caído al 7,7% para reducirse hasta el 5,5% en 1970. Esa última proporción se mantuvo hasta 1980 para contraerse hasta 3,9% en 1990 (UNCTAD, 1992). La región ha perdido casi toda presencia en el comercio internacional y su rol se limita a ofrecer algunas materias primas, mientras adquiere los escasos bienes que su balanza de pagos le permite.

El crecimiento del comercio externo sólo puede producirse mediante la oferta de nuevos bienes que requieren, a su vez, una estructura industrial

eficiente y dinámica. Los primeros pasos dados en ese sentido (especialmente en Brasil y México, con todos sus problemas) sugieren que ello es posible siempre que se tenga en cuenta que ese desarrollo demanda adoptar la lógica tecnológica, y social, ya mencionada. La capacitación de los trabajadores en todos los niveles (incluyendo todo lo referido a la educación formal), la formación de técnicos y de especialistas, la creación de estímulos a la innovación y a las mejoras de la producción, serán tanto o más importantes en ese sentido que las variables económicas clásicas como la acumulación de ahorro y capital.

El desarrollo, por otra parte, demanda mercados de mayor dimensión absoluta que los existentes para utilizar las ventajas productivas de la tecnología moderna. Las economías de escala se plantean ahora a nivel de las redes productivas nacionales, más que en el ámbito específico de las plantas fabriles; esas economías aparecen en las dimensiones mínimas del mercado y la sociedad que permitan construir laboratorios de investigación, formar técnicos, organizar las redes y los nexos entre las unidades productivas para el progreso. Para resolver esos problemas, la región precisa integrarse.

La formación de mercados comunes puede ser un camino para el desarrollo, porque permite ampliar la dimensión económica de sus integrantes. Esa estrategia facilitaría encarar los problemas derivados de las demandas actuales de las economías de escala y colaboraría en la creación de un ámbito mayor y, por lo tanto, más adecuado para resistir la presión monetaria y financiera del mercado externo. La experiencia europea de construir una moneda común, para superar la hegemonía del dólar, señala un camino, difícil pero no imposible, para la región en el mediano plazo.

Esas estrategias no se pueden implementar sin tener en cuenta las restricciones cada vez más graves originadas en la dependencia monetaria y financiera del continente. A partir de 1982, la deuda externa (y sus consecuencias) plantea la principal restricción a todo programa en el ámbito real. Esa deuda nació incorporada a las burbujas especulativas del mercado financiero mundial y fue arrastrada por su marcha errática. Sus inconvenientes eran previsibles desde mucho antes de la crisis, aunque negados por los banqueros (que deseaban seguir prestando) y por los propios responsables políticos de la región (que deseaban seguir aprovechando esos créditos hasta el último momento).

En diciembre de 1975, un especialista del Bank of América advertía ya sobre la posibilidad de una crisis de la deuda en breve lapso; sus comentarios consideraban que los problemas de la misma afectarían a algunas naciones del Tercer Mundo ya en 1976. Esta perspectiva no fue tomada en cuenta, como no se tomaron en cuenta los comentarios de otros estudiosos del tema (entre quienes se cuenta Aronson, que publicó su libro en 1977 y relata el comentario anterior). Las voces de alarma no surgían sólo de premisas teóricas sino de los resultados prácticos en ciertas regiones. Los problemas de endeudamiento que



enfrentaron algunos países del Este de Europa a comienzos de la década del ochenta marcaban el fin de ese ciclo que no era reconocido por sus operadores. Las primeras crisis de esa ola especulativa estaban horadando los cimientos de aquellas economías y sus consecuencias fueron un anticipo muy claro de los problemas que se afrontaban.

La deuda fue supeditando cada política nacional a los dictados externos que exigen no sólo su pago sino también una estrategia ortodoxa en lo monetario y financiero que frena toda alternativa de política económica. Las presiones de los acreedores se hicieron sentir en la disolución de las normas de planificación estricta del Este de Europa mucho antes de ser aplicadas en América Latina. Las demandas efectuadas al gobierno polaco a partir de la crisis de pagos de esa nación, en 1980, fueron la causa de la primera reorientación brusca de su política económica y de los cambios políticos internos. La imposición de la ley marcial sobre Solidaridad, a fines de 1981, era la consecuencia obligada de la necesidad de atender a esas demandas, que había comenzado con la solicitud de ese país de incorporarse al FMI y al Banco Mundial. El excelente relato de esa evolución que presenta Moffit sugiere que la disyuntiva de Polonia estaba entre la invasión de los tanques soviéticos o el avance de los panzers del FMI. El resultado ofrece una formidable demostración de la capacidad disruptiva del sistema financiero mundial frente a estructuras débiles y de escaso poder económico.

Moffit señala que las primeras presiones sobre Europa del Este se redujeron luego de un par de años; en efecto, debido a la eclosión de la crisis en América Latina, las finanzas mundiales se vieron obligadas a buscar soluciones inmediatas frente a la posibilidad del derrumbe del sistema global. El disciplinamiento de esta última región dio al mundo de las altas finanzas la experiencia necesaria para volver a encarar, a fines de la década del ochenta, el esperado impulso al disciplinamiento del denominado bloque socialista.

La hegemonía de los acreedores se vio reforzada por otros cambios ocurridos en la región. En especial, la deuda externa colaboró en la disolución de los sistemas financieros locales de los países de América Latina, que quedaron estrechamente conectados con los mercados del exterior. La dolarización de cada economía local (llevada a sus extremos en Bolivia o la Argentina, pero presente en casi todas ellas) opone trabas de magnitud formidable al desarrollo de una política autónoma. A medida que la moneda escapa al control interno, la capacidad regulatoria de cada Estado nacional se reduce a su mínima expresión; el Banco Central se convierte entonces en un rehen del sistema financiero y el poder de decisión (o, al menos, el de veto) pasa a otros actores.

El predominio de la lógica del reparto sobre la tendencia a la producción bloquea la salida a la crisis. Los efectos ocurridos en forma de caída del producto y de redistribución regresiva del ingreso son demasiado conocidos y evidentes. La "década perdida" dura ya más de 10 años y es algo más que una pérdida. La

región ha quedado atrapada en el círculo vicioso del pago de la deuda y el ajuste que la lleva a reestructurar su economía y su sociedad. Su dependencia del sistema financiero mundial reduce sus márgenes de maniobra así como su capacidad de relacionarse con el sistema productivo dinámico de los centros. La hegemonía del dolar estrecha sus contactos con el exterior. En medio de este conflicto mundial entre tendencias diferentes, la región se ve arrastrada hacia la más parasitaria, con todas sus consecuencias.

La integración de América Latina al sistema mundial se ha consumado en el aspecto monetario y financiero, con la deuda como una de sus principales facetas. Esa evolución consolida la posición de los grupos sociales afines a la especulación, que se ven beneficiados, y afecta a los grupos más propensos a buscar otra vías para el desarrollo. Los problemas aparecen en el ámbito económico pero son sociales. El futuro de esta región dependerá, así, de la evolución externa e interna. La orientación de estos conflictos en el orden mundial decidirá la magnitud y carácter de las presiones que llegaran desde el frente externo. En el orden doméstico, en cambio, la capacidad de los grupos dinámicos de construir alianzas locales capaces de enfrentar el problema es la otra cara de la solución. Esas alianzas deben generar una fuerza política tal que ella pueda imponerse sobre el sistema y, al mismo tiempo, disponer de una propuesta de acción que permita superar las restricciones provenientes desde el ámbito económico externo e interno. Sin una fuerza como esa, la economía puede seguir ofreciendo la desesperanzada perspectiva de los últimos años.

### *Bibliografía*

- ALBERT M. (1991). *Capitalisme contre capitalisme* (Seuil, París, hay traducción al castellano).
- ARONSON J.D. (1977). *Money and power* (Sage publications, California, EEUU).
- AXELOS. C. (1962). *Marx, penseur de la technique* (Anthopos, París).
- CARR. E. H. (1952). *A history of Soviet Russia* (varios tomos, Maemillan, Nueva York. Hay traducción al castellano).
- DENISON E. (1962). *The sources of economic growth in the United States and the alternatives before us* (Committee for Economic Development, N. York, EEUU).
- DINENZON M. Y HOPENHAYM B. (1987). *El régimen monetario internacional y la crisis de la deuda* (CISEA, Buenos Aires).
- DINENZON M. Y HOPENHAYM B. (1988). *Liquidez internacional y deuda (una propuesta de análisis)*, (CISEA, Buenos Aires).

- EMMERIJ L. (1992). "Las transformaciones de la economía mundial en el financiamiento del desarrollo latinoamericano", en Comercio Exterior (vol 42, No. 10, México).
- ERLICH A. (1957). *The soviet industrialization debate* (Cambridge, EEUU).
- FREEMAN CH. (1982). *The economics of industrial innovation* (The MIT press, Cambridge, EEUU).
- FREEMAN CH. (1987). "The challenge of new technologies" in OECD, *Interdependence and co-operation in tomorows'world* (París).
- FRIEDEN A. A. (1991). "Invested interest: the politics of national economic policies in a wold of global finance", en *International Organizations* (vol 45, No. 4).
- KINDLEBERGER CH. (1976). *Manias, panics and crises. A history of financial crises* (Basic Books, Nueva York, EEUU. Hay traducción en castellano).
- MARX C. (1965) *El capital* (traducción del Fondo de Cultura Económica, México, tres tomos).
- MARX C. (1972). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (borrador) 1857-1858 (Siglo XXI Argentina, Buenos Aires).
- MOFFIT M. (1983). *The world money*. International banking from Bretton Woods to the brink of insolvency (Simon and Schuster, New York, EEUU).
- NOBLE D. (1977). *America by design. Science, technology and the rise or corporate capitalism* (A. Knopf, N. York, EEUU. Hay traducción castellana editada en Madrid).
- ODELL J. S. (1982). *U.S. International monetary policy. Markets, power, and ideas as sources of change* (Princeton University Press, EEUU).
- PEYRELEVADE J. (1978). *L'economie de speculation* (Seuil, París).
- POLANYI K. (1944). *The great transformation* (hay traducción al castellano)
- PREOBRAZHENSKY E. (1965). *The new economics* (Clarendon Press, Oxford, Gran Bretaña).
- RICHTA R. (1971). *La civilización en la encrucijada. Implicaciones sociales y humanas de la revolución científico técnica* (Siglo XXI, México, traducción del original checo que fue publicado en 1969).
- ROSENBERG N. (1976). "Marx as a student of technology", reimpresso en Rosenberg (1982).
- ROSENBERG N. (1982). *Inside the Black Box: technology and economy* (Cambridge University Press, New York, EEUU).

- ROSENBERG N. and Birdzell L. E. (1986). **How the West grew rich. The economic transformation of the industrial world** (Basic Books, New York, EEUU).
- SCHVARZER J. (1990). **Un modelo sin retorno** (CISEA, Buenos Aires).
- STEWART M. (1984). **The age of interdependence. Economic policy in a shrinking world** (The MIT Press, Cambridge, EEUU).
- STRANGE S. (1986). **Casino capitalism** (Basil Blackwell, Oxford, Gran Bretaña).
- THUROW L. (1992). **Head to Head. The coming economic battle among Japan, Europe and América** (W. Morrow, EEUU, hay traducción castellana con el título *La guerra del siglo XXI*).
- UNCTAD (1992). **Analytical reports of the UNCTAD** (New York, EEUU).

